maculada Virgen María; Jesús, á quien llama San Pablo Pontífice santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más excelso que los cielos (1), ¿dejaría de difundir en torno suyo la celestial y suavísima fragancia de la pureza, cuando esto lo han hecho sus discípulos? "Gracias á Dios — decía el Apóstol — que siempre nos hace triunfar en Jesucristo y derrama por nosotros en todas partes el buen olor del conocimiento de su Nombre, porque nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios„ (2).

Finalmente, Jesucristo vino á encender el mundo en el amor de Dios y del prójimo. Descendió del cielo por obedecer á su divino Padre, por el amor que le tiene, y se entregó á la muerte por nosotros, por salvarnos, por el amor de los hombres, sus hermanos, á quienes dijo: "Al modo que mi Padre me ama, así os he amado Yo.—Os doy un nuevo Mandamiento, y es que os améis los unos á los otros, y que del modo que Yo os he amado, vosotros también os améis mutuamente, y todos conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos á los otros„ (3).

Bendito sea el Maestro de toda virtud, el que así nos enseña con su ejemplo y doctrina el camino del cielo; sigámosle, y no andaremos en

(1) Hebr., VII, 26.
(2) II Cor., II, 14-15.
(3) Joann., XV, 9; XIII, 34-35.

tinieblas y jamás llegaremos á extraviarnos. Alúmbrenos Él mismo con la luz de sus virtudes, y seamos semejantes á su Majestad cuanto fuere posible; he aquí nuestra dicha y la gloria que buscamos en el mundo.

II

Bellísimas son las obras de Jesús; ¿quién puede contemplarlas un instante sin quedar arrebatado de amor y de entusiasmo. "Puso en el sol su tabernáculo — decía David — y á manera de un esposo que sale de su tálamo, comienza como un gigante su carrera; sale de una extremidad del cielo y corre sin parar hasta la otra; ni hay quien pueda esconderse de su calor.„ Dijo también el Rey Profeta: "Dios inclinó los cielos y descendió, llevando obscura niebla debajo de sus pies„ (1). Y la Esposa de los Cantares: "Vedle cómo viene saltando por los montes y collados. Es semejante al gamo y al cervatillo. Vedle cómo se pone detrás de la pared mirando por las ventanas y atisbando por las celosías„ (2). ¡Cuánta grandeza y hermosura! Es el descenso de Dios; es el camino glorioso que, comenzando en el cielo y pasando por el mundo, ha de terminar allá mismo donde comenzó.

(1) Psalm. XVIII, 6-7; XVII, 10.
(2) Cant., II, 8-9.

¡Con qué majestad tan noble y gloriosa el Hijo de Dios sale del seno de su Padre y viene al mundo! Á su venida precedieron mil anuncios, y á fin de atraerle, los santos exhalaron suspiros ardentísimos de la más acendrada ternura, y derramaron lágrimas de amor; sin embargo, el cielo parecía de bronce, y gemía la tierra entre miserias y dolores, y los Profetas tenían que redoblar sus instancias para que el Hijo de Dios bajase de los cielos. "¡Oh, si rasgaras los cielos y descendieras!—decía Isaías. —Á tu presencia se derretirían como cera los montes.—¡Oh, cielos, derramad vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador!—No estaré callado á favor de Sión; por amor de Jerusalén no he de sosegar hasta que nazca su Justo, como la luz del día, y su Salvador, cual antorcha brillante„ (1). Mas el Sol de justicia no tenía que aparecer en el mundo si no era precedido de la Aurora, su hermosa y apacible mensajera, que viniese á anunciarle con los suaves resplandores de su luz. María, he ahí la aurora de la gracia; aparèce en el mundo la futura Madre del Hijo del Eterno, y este Hijo descenderá muy pronto de los cielos. María también suspirará por el futuro Redentor, y los suspiros de la más amable de todas las criaturas no saldrán de la presencia del Señor sin traer consigo al Deseado de todas las naciones.

(1) LXIV, 1; XLV, 8; LXIII, 1.

He aquí la majestad y la grandeza con que Dios nos viene á visitar; uno en pos de otro habían pasado muchos siglos, eran muy grandes las miserias y desgracias de los hombres, la misericordia de Dios era infinita, y sin embargo, el gran Reparador no se presentaba. ¡Ah! La Sabiduría de Dios no podía entrar en alma manchada ni en cuerpo sujeto á pecados: su santidad era infinita; era por esto indispensable, á fin de vivir entre nosotros, que hubiese en el mundo una criatura purísima y hermosa, resplandeciente de virtud y gracia, adornada, en fin, de toda perfección, en cuyo seno inmaculado y santo pudiera descansar como en regio tálamo, y en ese seno la Sabiduría de Dios se haría hombre por nosotros.

He ahí la Encarnación, resplandeciente de luz y de grandeza, Misterio de una hermosura que embelesa y encanta, y de una suavidad que llena nuestras almas de dulzura y difunde el delicioso aroma de todas las virtudes; he ahí la obra de la sabiduría de Dios, de su bondad inmensa, de su amor infinito á los hombres

¡Bendito sea mil veces quien quiso obrar tan estupendas maravillas por nosotros!

Después de bendecir á Dios nuestro Señor, ¿dejaremos de volver nuestras miradas á María, que atrajo á la tierra con sus ruegos al Hijo del Eterno, que le franqueó su seno virginal y quiso ser su dulce Madre? La contemplamos llenos de ternura, reconociendo y confesando que, después de Dios, á ella debemos todos nuestros

bienes. Aquellas expresiones que salieron de sus labios: "Hágase en mí según tu palabra„, fueron para el mundo vida y salvación, alegría y consuelo, porque en ese instante el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros. ¿Quién puede contemplar, desde este punto de vista, la grandeza de María, sin quedar como fuera de sí mismo y suspendido en dulce arrobamiento? María concibe en su bendito seno al Hijo del Eterno; mas concibe sin pecado, y no á un hombre puro, sino Dios y hombre, y concibe quedando siempre Virgen, y estos admirables privilegios los recibe de su Esposo divino, el Espíritu Santo, como nos dice el Angélico Doctor (1).

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. ¡Cuánta sublimidad y sencillez al mismo tiempo, y qué belleza tan perfecta! Un instante después, la Niña preciosa, que era nada á sus propios ojos, es la Reina de la creación, la Madre del Eterno, la predilecta de Dios sobre todas sus criaturas, y á quien llamarían dichosa todas las generaciones, y si la Encarnación fué por excelencia la obra del Señor, de la cual dijo un Profeta: "Oí, ¡oh Señor!, tu anuncio, y quedé lleno de temor; Señor, ejecuta en medio de los años tu obra inefable„ (2). María, en cuyo seno tuvo lugar aquel Misterio, fué por esa causa el asunto de los siglos, *negotium omnium saeculorum,* y obra de Dios, en la que resplandecieron, con purísima luz, la sabiduría, la omnipotencia y la bondad divina. María, por la acción de Dios, se halla sumergida en océanos de luz, abrasada en los incendios del amor divino, y brilla con una hermosura incomparable; su gloria es divina, y su grandeza sólo Dios la mide, y su hermosura es arrobadora y perfecta. El Hijo que lleva en sus entrañas, he ahí su gloria; y su maternidad divina es su grandeza y el resplandor de todas sus virtudes, he ahí su hermosura. ¿Por qué no bendecir al que es Omnipotente y cuyo Nombre es santo, por esas incomparables maravillas de su bondad divina? Sí, le bendecimos y le adoramos una y otra vez, y le damos gracias con todo nuestro afecto.

(1) 3. P. Q. XXXII, a. IV, *Ad primum.*
(2) Habac., III, 1.

La Eucaristía, he ahí otra de las obras más hermosas y más llenas de suavidad y de dulzura del Corazón de Jesucristo; sí, de su Corazón dulcísimo y sagrado, porque ¿de qué otra fuente pudieran salir con tanta abundancia las gracias de la vida, la suavidad de los divinos consuelos y todos los encantos del amor de Dios? Las muchas aguas no pueden extinguir la caridad, ni los ríos la pueden sofocar, que, antes bien, la avivan más y más, y elevan hasta el cielo sus purísimas llamas. He ahí por qué cuando los enemigos de nuestro Señor Jesucristo se habían conjurado para darle muerte, y en la misma noche en que iba á ser entregado en sus manos, Jesús instituyó el Sacramento de su amor.

Ni la vida ni la muerte podía separarle de sus hijos. Siempre estaría con ellos porque era su amor invariable y eterno hasta la consumación de los siglos, y después la misma eternidad no vería su fin, pues no le tiene.

Si un momento queremos contemplar á nuestro Amado en el Misterio de la santa Eucaristía, si pensamos en los afectos de su Corazón dulcísimo para con nosotros, comprenderemos fácilmente que el amor que nos tiene excede á todo conocimiento. Allí está el Cordero de Dios que se sacrificó por nosotros desde el origen del mundo; la víctima divina que, entre humillaciones y dolores, derramó su Sangre por salvarnos, y allí continuamente ofrece al Padre celestial los méritos de la preciosa Sangre, y todo esto lo hace el buen Jesús con la más tierna caridad, con la más viva y dulce compasión que le inspiran las miserias y desgracias de sus hijos. ¡Ah, los ruegos de este amoroso Señor son ardentísimos, y se elevan sin cesar hasta el Trono de su Padre, como el perfume del incienso!

El Corazón de Jesús no nos olvida un instante; nos contempla con miradas llenas de dulzura, con vivo interés, con un amor profundo, y ese Corazón es para nosotros más que de padre. Si así lo comprendiésemos, si pensáramos en esto con frecuencia, ¿dejaríamos de amarle? Desgraciados de nosotros, que tantas veces le olvidamos y que perdemos en las criaturas nuestros tesoros de amor, los afectos

más puros del alma. Somos insensibles al amor que nos tiene Jesús, y aun los más tristes desengaños que del mundo recibimos, ni nos conmueven, ni hacen que pensemos en el único amor que jamás engaña, ni contrista, ni nunca llega á faltar: el amor de Jesús. ¿Cómo no indignarnos con nosotros mismos, no aborrecernos santamente por nuestra mala conducta, por ser enemigos de nuestros verdaderos intereses? ¡Que el desengaño penetre hasta el fondo del alma, y nos haga comprender que Jesús debe ser todo nuestro amor y el único Dueño de todo nuestro afecto!

Descubrimos en la divina Eucaristía incontables maravillas, que realmente nos asombran y que nos revelan cuánto es el amor que nos tiene Jesús; allí está la humildad más profunda en que se oculta el que es grande por su misma esencia y que merece las adoraciones del cielo y de la tierra; allí está su mansedumbre llena de dulzura y su benignidad incomparables. ¿Quién se ha acercado alguna vez al Corazón de Jesús, en busca de gracias y consuelos, que al retirarse de su presencia divina haya quedado con las manos vacías y el corazón entristecido? Porque en el Misterio adorable de la Eucaristía, Jesús nos comunica sus riquezas con una liberalidad incomparable. ¿No oís cómo salen del santo Tabernáculo estas hermosísimas palabras: "Sedientos, venid á las aguas, y los que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin ningu-

na otra permuta, vino y leche... Alimentaos del buen manjar, y vuestra alma se recreará en lo más substancioso de las viandas. Prestad oídos á mis palabras y venid á mí; escuchad, y vuestra alma hallará vida y asentaré con vosotros alianza sempiterna?„ (1).

Si Jesús es todo para nosotros, á nuestra vez seamos enteramente suyos; y ya que El nos franquea, sin ninguna reserva, sus tesoros, consagrémosle nosotros todo nuestro amor. ¡Qué paz tan deliciosa, qué dicha tan cumplida gozarán nuestras almas, cuando sea Jesús el único objeto de todos sus afectos, cuando en ellas mande cual Rey soberano, sin contradicción alguna, el dulcísimo Corazón de tan amado Señor!

Contemplemos ya otro fruto del árbol de la vida: el sufrimiento, la paciencia en las adversidades. De la paciencia nos dice Santiago: "Tomad, hermanos míos, por ejemplo de paciencia en los malos sucesos y desastres á los Profetas que hablaron en el nombre del Señor. Tenemos por bienaventurados á los que así padecieron. Habéis oído la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor. Tened buen ánimo, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo„ (2). San Pablo dijo también: "Os es necesaria la paciencia para que, haciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa„ (3).

(1) Isa., LV, 1-3.
(2) V, 10-11.
(3) Hebr., X, 36.

Acerca de la paciencia nos dice Santo Tomás lo siguiente: "Las virtudes morales se ordenan al bien en cuanto conservan el bien de la razón contra los ímpetus de las pasiones. Entre éstas, la tristeza es eficaz para impedir el bien de la razón, según está escrito: "La „tristeza del siglo causa la muerte.„ Y también; "Á muchos dió muerte la tristeza, y no hay „utilidad en ella.„ Por esto es necesario tener alguna virtud mediante la cual se conserve el bien de la razón, impidiendo que sucumba á la tristeza, y esto hace la paciencia. No es la principal de las virtudes, pero se llama su raíz y su custodia, no causándolas directamente, sino sólo removiendo lo que las estorba„ (1).

Jesucristo nos anima á la paciencia con sus santísimos ejemplos, y hace que triunfemos en las adversidades y tribulaciones de la vida, con el auxilio de su gracia. "Si obrando el bien—decía San Pedro—sufrís con paciencia, merecéis delante de Dios, que para esto fuísteis llamados, puesto que Jesucristo también padeció por nosotros, dándoos su ejemplo para que sigáis sus pisadas„ (2). "Gracias á Dios, que siempre nos hace triunfar en Jesucristo—decía San Pablo„ (3).

El ejemplo de Jesucristo nuestro Señor, que en vista del gozo que le estaba preparado,

(1) 2.ª 2.ae, q. 136, a. I, II. *Ad tertium.*
(2) I Epist., II, 20-21.
(3) II Cor., II, 14.

sufrió la Cruz, sin hacer caso de la ignominia (1), animaba á los santos á padecer y sufrirlo todo por el amor de su divino Maestro. "El fuego—decía San Ignacio mártir,—las bestias, la fractura de mis huesos, la división de mis miembros, los dolores de todo mi cuerpo y todos los tormentos del diablo, vengan sobre mí, con tal que goce de Cristo„ (2). Un santo á quien Jesús preguntó qué premio quería por sus trabajos, dijo á su Señor: "Padecer y ser despreciado por ti.„ Y Teresa de Jesús: "Padecer ó morir.„ Y Magdalena de Pazzis: "Padecer y no morir.„

Imitemos, pues, el ejemplo de Jesús y el de sus santos, y acordémonos de estas palabras de San Pablo: "Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia; la paciencia sirve á la prueba, y la prueba produce la esperanza, esperanza que no nos deja confundidos„ (3). Y estas otras de Santiago: "La paciencia perfecciona la obra para que así vengáis á ser perfectos é íntegros, sin faltar en cosa alguna„ (4). Réstanos hablar de los últimos tres frutos del árbol de la vida: el recogimiento del corazón, la concordia de las voluntades y la transformación del alma en Dios; hablaremos brevemente de cada uno.

---

(1) Hebr., XII, 2.
(2) Epist., ad Rom.
(3) Rom, V, 3-5.
(4) I, 4.

El recogimiento del corazón nos está recomendado por el ejemplo y la enseñanza de Jesucristo. Allí están los treinta primeros años de su santísima vida, que pasó en el retiro de Nazareth consagrado á la oración y al silencio; y el que es el Verbo de Dios, el que tiene palabras de vida eterna, guarda silencio, y apartado del trato de los hombres, conversa con su Padre celestial. Éste nos descubre la gran importancia de la vida interior para la santificación de nuestras almas, ya que Jesucristo vino á enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo.

Aun prescindiendo de este gran motivo, debemos consagrarnos al recogimiento del corazón, porque tal recogimiento es la verdadera vida, y en verdad, llena de paz, de suavidad y de dulzura. El hombre recogido no disipa sus energías, que antes bien las reconcentra y vigoriza; se ocupa en el conocimiento de sí mismo, ve sus necesidades y miserias, y se vuelve á Dios en busca de remedio; el Señor, cual padre amoroso, le llena de consuelo. "Yo la acariciaré, la llevaré á la soledad, dice el Señor, y le hablaré al corazón„ (1), y las palabras que Dios dice á ese corazón afortunado son más dulces que la miel, más dulces que el panal.

Jesucristo consagró solamente tres años de su vida á la predicación del Evangelio, y aun entonces solía pasar las noches en oración: "*In*

---

(1) Oseas, II, 14.

oratione Dei—dice San Lucas;—esto es, fervorosísima y perseverante„ (1), y llamaba á sus discípulos al desierto: "Venid y retiraos conmigo á un lugar solitario y reposad un poco„ (2).

Consiste la verdadera concordia con relación á Dios (3) en estar unidos con la divina voluntad en las cosas prósperas y en las adversas, y en conformarse con los ejemplos de Jesucristo, y esta unión y conformidad pidió para nosotros el Señor: "Te ruego, ¡oh Padre!, que todos sean una misma cosa, y que así como Tú estás en Mí y Yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros (4).

Respecto de los prójimos, mantenemos con ellos verdadera concordia cuando en todo lo que pertenece al servicio de Dios procuramos tener un mismo conocimiento y sentimiento con todos, como los cristianos primitivos que sólo tenían un corazón y un alma.

La verdadera concordia es muy agradable al Señor. "En tres cosas se ha complacido mi corazón—dice el Eclesiástico,—las que son de la aprobación de Dios y de los hombres: la concordia entre hermanos, el amor de los prójimos y el marido y la mujer que están conformes entre sí„ (5).

Si nuestra conciencia se halla libre de peca-

(1) VI, 12. Scío.
(2) Marc., VI, 31.
(3) Alber. Mag., *Paraíso del alma*, cap. XV.
(4) XVII, 21.
(5) XXV, 1-2.

do, y por otra parte, deseamos vivamente adelantar en el camino de Dios, tendremos en esto una señal consoladora de la concordia que conservamos con su Majestad. Respecto del prójimo tendremos la misma señal de vivir en concordia con él cuando es tal nuestra conducta, que nunca, con justicia, pueda quejarse de nosotros.

Por el contrario, podemos presumir que no existe concordia entre Dios y nosotros cuando nada se nos da de lo que agrada ú ofende al Señor, ó bien sentimos repugnancia en todas las disposiciones del Señor, ni dicen cosa alguna á nuestro corazón los ejemplos de Jesucristo.

La trasformación de nuestras almas en Dios. ¿Quién puede elevar muchas almas á tan excelsa cumbre? La gracia divina, pues sin ella nada podemos. Es preciso despojarnos del hombre viejo y de sus obras, y vestirnos de Jesucristo en santidad y justicia, destruyendo en nosotros la imagen del Adán terreno y llevar la del Adán celestial; mas ¡ay, cuánta violencia tenemos que hacernos y qué sacrificios tan dolorosos tiene el corazón que consumar si ha de conseguir la transformación de que tratamos! "Ni pudiera ser de otra manera, porque nada tiene que ver la justicia con la iniquidad—dice el Apóstol—ni se une la luz con las tinieblas ni hay concordia entre Cristo y Belial, ni hay armonía entre el templo de Dios y los ídolos„ (1).

(1) II Cor., VI, 11-16.

Además no se trata de una unión cualquiera, sino de la más perfecta y sublime que puede alcanzarse en esta vida, de aquella de que dice San Pablo: "Quien está unido al Señor es con Él un mismo espíritu„ (1).

Es indispensable, á fin de ser transformados en el Señor, estar muertos á nosotros mismos, á todas nuestras pasiones. „En el Bautismo hemos quedado sepultados con Jesucristo, muriendo al pecado, á fin de que así como Cristo resucitó de muerte á vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida... considerando que estamos muertos al pecado y que vivimos para Dios en Jesucristo nuestro Señor„ (2). Aquella muerte tiene lugar por medio de la crucifixión de nuestros vicios y concupiscencias, y viene en seguida nuestra vida en Jesucristo. He aquí lo que decía San Pablo de sí mismo: "Estoy clavado en la Cruz juntamente con Cristo, y yo vivo, ó más bien no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí„ (3); y bien sabemos que los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con sus vicios y pasiones, y que si vivimos por el espíritu de Dios, debemos proceder según el mismo espíritu (4).

No sólo en nuestras obras debemos ser de Jesucristo, á fin de transformarnos en su imagen divina, también tenemos que serlo en los sentimientos, en los deseos y en las palabras. "Tened en vuestros corazones—decía San Pablo—los mismos sentimientos que Jesucristo tuvo en el suyo„ (1). "El deseo de nuestra alma—decía Isaías—se cifra en traer á la memoria tu Nombre. Mi alma te desea en medio de la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas me dirigiré á ti desde que amanezca„ (2). Y el Apóstol: "La palabra de Cristo tenga abundantemente su morada en vosotros, con toda sabiduría, enseñándoos y animándoos unos á otros... Todo cuanto hacéis, sea de palabra ó de obra, hacedlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo y á gloria suya, dando gracias por medio de Él á Dios Padre„ (3).

¡Oh Corazón de mi Jesús querido, haced que contemplando á cara descubierta la gloria del Padre celestial, seamos transformados en vuestra misma imagen é iluminados por el Espíritu divino, avancemos de claridad en claridad, de virtud en virtud, á fin de que reinéis eternamente en nosotros! ¡Arbol de vida, cubridnos con vuestra sombra bienhechora y alimentadnos con vuestros divinos frutos en el tiempo y en la eternidad para poder decir con el Profeta-Rey: "Quedaré plenamente saciado cuando contemple tu gloria„ (4).

(1) I Cor., VI, 17.
(2) Rom., VI, 4, 11.
(3) Gal., II, 19-20.
(4) Idem, V, 24-25.

(1) Philip., II, 5.
(2) XXVI, 8-9.
(3) Colos., III, 16-17.
(4) XVI, 15.